

CRÓNICA

DE CAMINO A BUENAVENTURA. RECONSTRUYENDO IMAGINARIAMENTE EL DE HERRADURA *



Jaime Echeverry T.**

- A guisa de crónica -
más su mapa correspondiente

Contexto de investigación
Die natur ist
wissenschaftlich zu
erarbeiten,
Die Geschichte
dichterisch ¹
ut splendor veri

espíritu del empeño y muchos de los datos también son aporte suyo, al hablar en plural hablo con él.

Años sin encontrar vehículo de expresión, es y continúa siendo este trabajo un acto de amor a Cali. Basado, por tanto, para los autores, en lealtad y verdad. Labor de campo y testimonios vivos, donde a las citas bibliográficas sólo compete asumir la responsabilidad del testimonio aceptado o insinuar puntualmente ventanas de observación. Pretendemos toda severidad de verdad y un tanto de originalidad. Para el

En cuanto a lo que ha sido y por quién, el artículo contó con la supervisión rigurosa y muy encomiable del amigo generoso y solícito Carlos Mercado M., amigo también y ante todo de la exactitud histórica. Excelente compañero de camino. Puesto que compartimos el

* Derechos registrados de autor

** Abogado. Miembro del Centro de Estudios Históricos Santiago de Cali.

¹ Oswald Spengler –sin confirmar-. Mas para nosotros son los dos aspectos de la misma labor. La otra sentencia del epígrafe es la clásica definición de belleza.

ojo ejercitado, el mismo texto debe revelar el rigor de la investigación. Sin menoscabar la autenticidad de lo que dice, se lo ha querido de fácil lectura al gran público: reconstrucción geográfica que destaca un propósito y la tenacidad de voluntad que lo acompaña; secundado por notas de las que se puede prescindir en una primera lectura, pero que sitúan la historia, dan solidez y visión, y buscan animar a que aun hoy se siga emprendiendo como emprendieron nuestros viejos. Seguramente habrá más tarde quien los recuerde, los reconozca y les agradezca. Para el lector, el goce de los descubrimientos.

Nuestro aparato bibliográfico tiene la particularidad de que, cuidando de copiar fielmente lo que se decía, texto o idea, descuidados de ejercicio académico, no anotamos el sitio exacto más que para destacar toda la responsabilidad en la cita. Nuestra reflexión no ha versado sobre la credibilidad general de la fuente, sino sobre cada una de las afirmaciones que tomamos; alguna que otra es opinión, alguna que otra, anécdota y como tales confiamos se perciban en la

lectura. Respecto a testimonios personales, hemos desechado todos aquellos cuya ambigüedad o cuya contraposición a otros no hemos logrado eliminar. Tampoco hemos pasado por alto tratar de verificar la fidelidad de los recuerdos. En definitiva, el artículo mismo dirá qué tanta historia hemos escrito, pensamos que con criterios hodiernos de verdad y hábitos de Tácito a Plutarco.

Queremos manifestar al grueso de los lectores, por lo general desprevenido, que el pasado nuestro lo aceptamos. Poseemos conciencia clara y perfecta de no enfocar las épocas tratadas históricamente con las ideologías o valoraciones morales y sociales de tiempos posteriores.

Pretendemos más bien apreciar lo que cada época hizo con los medios de que disponía, con los logros materiales y espirituales a su alcance. Más sensibles seremos a qué tan consecuente fue con los ideales y propósitos de que hacía gala. Diciendo cada época implicamos por tanto la presente.

Al hacer camino, éste, ¡el Camino!, de que tanto nos hablan padres, abuelos y bisabuelos, seguiremos la sen-

da geográfica mientras que, paralelamente, iremos alzando y situando diversas placas rotas de la historia... Lo hacemos pensando, sintiendo que En el hombre, nada hay que conforme más sus ilusiones que sus recuerdos, según intuía Eduardo Caballero C.;

sintiendo, pensando que La historia, que es nuestra ocupación con el pasado, surge de nuestra pre-ocupación por el futuro, según excogitara Ortega y Gasset; admitiendo, pues, que no hay forma más eficaz de planear que consultando lo que ha sido, lo que se ha sido.

Séase, que se es, una mañana de octubre de 1996. Salimos de La Plaza, la matriz, la que fue y ha sido plaza por antonomasia, que se llamó de la Constitución Jurada² y luego, Parque de Caicedo. Mil cuarenta y seis metros con sesenta centímetros de altitud le había medido Boussingault y mil treinta y dos solamente le

resultaron más tarde a otro naturalista, al francés Ed. André quien nos hace percatar del “soberbio panorama embellecido con las galas de una hermosa mañana primaveral, desde la llanura del Noroeste cubierta de vastos palmares, hasta los picachos o farallones de Cali al Oeste y la cima del Nevado del Huila al Sur”³ que

² “Plaza de la Constitución Jurada el 14 de nov de 1813” alcanza a leerse en una laja de piedra incrustada en la pared de la calle 12 del Palacio Nacional de Justicia al lado de la puerta. Mas llamarla La Plaza, simple y llanamente, puede hasta ser nota distintiva de caleño futuro. La Constitución debió ser la de Cádiz de 1812, en la que se introduce por primera vez en la historia de la política la noción de liberal, y cuyo ejecútase lleva la firma del payanés Joaquín Mosquera F., presidente entonces del Consejo de Regencia por cautividad de Fernando VII, quien al volver en 1814 la deroga iniciando régimen absolutista. Mosquera había llegado a España como diputado a la Suprema Junta Central; según F.J. Urrutia en Diccionario Genealógico de Gustavo Arboleda. Es esta constitución precisamente a la que reconocen importancia cardinal en la gestación y desarrollo de su democracia los costarricenses.

³ Memorias N° 4 págs. 10 y 11

desde allí se contempla.. Vamos por la hoy carrera 4^a, antiguamente Calle Real, también de La Merced; oficialmente con este nombre desde el 13 de octubre de 1857. Entre las hoy calles 9 y 10 encontramos al costado sur la casa de dos pisos que sirvió de hospital y que se fue extendiendo hasta tener entradas por los cuatro costados de la manzana. Hacia 1810, pasamos frente a las residencias de Pascual Riascos y su esposa M^a Ángela Molina y Cabal. Por espíritu demócrata y republicano los Domínguez de Riascos y del Pozo pasaron a llamarse Riascos a secas. Gobernador de provincia en 1839, en 1826 don Pascual se había empeñado en abrir camino al puerto por ruta de su proposición. Animados por Bolívar, con el coronel Eusebio Borrero, Francisco Córdoba y otros integró junta pro vía al mar, siendo él

recolector de fondos. En su entusiasmo por la idea de la nueva nación -había participado en la campaña del sur con el Gran Mariscal de Ayacucho- garantiza por testamento a la ciudad más de cuatro millones de metros cuadrados para ejidos⁴. Nosotros continuamos nuestra ruta, flanqueada por las moradas de Víctor Cabal Molina, Roberto Barona, Margarita Barona de Cabal ahora Casa Arzobispal; siglo y algo más tarde, en diagonal, la que fuera primera sede del colegio Berchmans, del mismo lado más allá la de los Cobo, metros después la de Vicente García Córdoba, ...la Martínez Satizábal más adelante, todas éstas actualmente en pie. Ascendemos con el paso leve y rápido de quien empieza alborozado una jornada que se promete entretenida y feliz.

En el Peñón, anteriormente Peñol de San Cristóbal⁵, la

⁴ Obsérvese a propósito de ejidos como decía Memorias N° 4, Cali 1996, nota 27, pág. 13, que “si se reconoce derechos del municipio sobre ejidos, es porque son inenajenables; es decir, que ni el actual municipio ni otro que venga puede desprenderse de ellos, y sólo le cabrá alquilarlos, permitir su uso, modificar la aplicación concreta de su destinación de generación en generación, pero nunca cederlos, venderlos, regalarlos, traspasarlos, darlos en trueque...”

⁵ Citamos de memoria de lectura, sin haber podido corroborar.

“Casa del Peñón”: Isaacs y “María”. Puentecito de Los Suspiros sobre la Acequia Grande o Acueducto de Monzón, que pasaba por encima del Charco de El Burro y debajo de la actual avenida Belalcázar. Por lo menos a comienzos del siglo veinte, y desde la calle segunda, el sendero ha venido enmarcado cada veinte o veinticinco metros por hermosos gualandayes, que allí estuvieron hasta que para la apertura de la avenida en 1937, que en un comienzo se llamó Boyacá, comenzaron a ser talados por la margen izquierda hasta que hoy no queda ninguno⁶.

Don Sebastián de Belalcázar, atenta la mirada, rutilante de la serena imperturbabilidad que da el ánimo templado en

fragores y experiencias de muchos años, que ni ha perdido el norte ni la energía que mueve a alcanzarlo, nos ve acercar, y nos señala el derrotero. Nos recuerda cómo ha sido y continúa siendo la apertura al Pacífico uno de sus legados por ejecutar, uno de esos sueños tarea difíciles que cual visionarios acertados emprenden una tras otra las sucesivas generaciones; empeños que son vocación, nuestra vocación Pacífico.

Pues nuestra conexión con el mar océano ha sido una de las metas y preocupaciones permanentes de la comarca; esfuerzos proseguidos y reiniciados una y otra vez, mientras el gesto tranquilo pero determinante, comprensivo y paciente, aunque inmutable y

⁶ Así de pulida se presentaba la salida al mar. La del sur estaba embellecida por samanes; samanes también extendían sus umbrosas ramas en la del noreste; las guanábanas alfombraban el piso en el cruce de la avenida sexta con la Vásquez Cobo. Palmas reales, igualmente a intervalos regulares, engalanaban el paso hacia Juanchito, en la actual calle 25 entre carreras 1^a y 8^a. (Hoy en día se levantan frondosos -y ¡muy afables!- los samanes de la calle 5^a entre 66 y 57; los de la avenida 6^a entre calles 36N y 44N; los de la carrera 56 entre calles 5^a y 1^a; umbrosas naves de catedral verde se yerguen con ellos, y con otros en otros sitios de la ciudad -calle 6^a entre 40 y 44; carrera 40 entre 5 y 6-; casi simultáneamente florecen, a un ritmo que se nos escapa, los guayacanes morados de la calle 6^a entre carreras 36 y 44. Bello el umbrío y fresco bosquecito de chiminangos en la desembocadura de lo que fuera el río Cañaveralejo en el caño de la hoy carrera 50). El gualanday, o Jacaranda Caucana, es especie ¡nativa del Valle del Cauca!

alentador del abuelo Belalcázar nos dice que entiende que desfallezcamos, pero que ésa es la meta impostergable, entendida como una oportunidad del destino cuando se lo percibe inteligentemente.

Ya en una ocasión se acudió allí a reconocérselo solemnemente, a comprometerse y a cumplirle. Al pie de las gradas que desde la avenida de su nombre suben a su estatua encontramos una inscripción que a la letra reza: Los habitantes de Cali, con ellos el Cabildo, han jurado en este fausto día, ante el glorioso fundador de la Ciudad, no descansar un momento y hacer todo cuanto fuere preciso hasta obtener la terminación de la carretera al mar, su máximo anhelo. Cali, julio 25 de 1937.

Por hacer camino al mar: Belalcázar manda a Juan Ladrilleros a buscarlo, a poco de fundada Cali; más de un mes más tarde el enviado regresa con solas orientaciones geográficas, y menos hombres; la segunda vez había de ir a buscarlo Belalcázar personalmente. La empresa continúa con

Andagoya, quien {proveniente de Panamá había penetrado algo en el San Juan (del Chocó), visitado “el mejor puerto que hay en el mundo”, según sus propias palabras, la Bahía de la Cruz, remontado luego en 3 leguas el Raposo hasta descubrir un camino de indios, por donde el 6 de abril de 1540, rumbo hacia las tierras “que había dejado Belalcázar”}, se adentró en una montaña tan ruda y arisca que hasta los perros se le devolvieron; {a 8 leguas dio con un río caudaloso por el que hizo retornar caballos y diez hombres}; a 14 leguas de la mar encontró Atuncela, donde supo de la existencia de Cali en la provincia de Lili a 10 leguas de allí y adonde llegó el 10 de mayo siguiente. Esta vez por Andagoya, Ladrilleros es enviado desde Cali a buscar “otro camino al mar, evitando las sierras, por donde pudiesen salir caballos” y llega a la bahía de Suiz, en la provincia de Yóló, donde establece {en la margen derecha del Anchicayá, a 8 leguas de la Isla de Palmas} San Juan de la Buenaventura⁷, villorrio

⁷ Sobre este nombre conocemos y aceptamos su origen de buena ventura; mas no sabemos cuándo pasó a constituir una palabra, máxime que la

que habría de ser incendiado por los noamaes medio siglo más tarde. Pero antes {60 hombres, a más de los marineros, formaban la guarnición del nuevo establecimiento, que en los meses siguientes vio ratos en que tenía hasta 250 españoles allí acampados}. Se sabe que en el curso de los años mucho transportador indio sucumbió a la empresa. Se sabe que en 1558 se iba y venía de Cali a Buenaventura; que en 1564 el gobernador de provincia fomentaba la apertura de caminos, principalmente éste; que en 1577 funciona una especie de resguardo en el caserío Cruces del Valle de la Montaña; que en 1581 disminuyen los propios, o rentas del cabildo por no haber vuelto barcos a Buenaventura; que en 1584 se hace colecta de más

de mil pesos para abrir camino de herradura por el trazo del capitán Juan Quintero; que en 1590 se ocupa del camino Felipe II; que en 1601 “ha pocos días se reparó y reedificó el puerto y fuerte de la Buenaventura”, quemado por los indios con lo que dizque habían desaparecido población y comercio; que en 1602 se firman capitulaciones con Francisco Jaramillo de Andrada para abrir, por concesión, siendo fiador de cumplimiento don Alfonso Ramírez de Oviedo, la navegación por el Dagua y llegar así a Buenaventura “si el río fuere pacífico para la dicha navegación”. El contratista debe mantener por lo menos tres barcas en servicio, “gente de boga como de toldo e para que con comidas se suban y bajen las dichas mercancías”;

separación de sílabas y la caligrafía de mayúsculas en los manuscritos no son nada claras. Mas por lo común, no terciamos en las discusiones sobre nombres. De Kathleen Romoli en *Boletín de Historia y Antigüedades* xxx Pags. 113-122 tomamos lo puesto entre { }, y la información de que el descubridor de la actual bahía de Buenaventura fue Diego de Almagro primera semana de mayo de 1525 que la llama Bahía de la Cruz (Suiz, podría ser, pues, errada lectura de Cruz) y quien en su mapa de descubrimientos trae los ríos San Miguel (8 de mayo), que debió de ser el Dagua, y el San Nicolás (9 de mayo), que debió de ser el Cajambre o el Yurumanguí. Ladrilleros por su parte logra una acción memorable en el mar: luego de tomar la costa oeste de La Patagonia en 1558 atraviesa el Estrecho de Magallanes siendo el primero en hacerlo en dirección occidente oriente.

costrará un peso de buen oro de veinte quilates por arroba, a no ser sal, que valdrá la mitad. No se piensa en negros, sino en indios. Se sabe que, luego de los primeros resultados, tres meses más tarde, el 23 de julio, se delibera sobre cómo abrir camino del río Pepita al Dagua, donde se habrá de levantar la bodega de las mercancías, y se asigna la cuota de peones que habrían de aportar los caleños para dicha apertura. Pronto, sin embargo, hubo que levantar un nuevo aporte, el militar, para mantener expedita la vía al mar porque cajambres, aricaes y noamaes habían matado así españoles como indios y negros. En 1604 el camino viejo "no se andaba" y el nuevo no terminaba por verse; se propone entonces reabrir aquél cediéndolo por cuatro años a Francisco Ruiz, vecino de Cartago, que debe mantenerlo y poner bestias y criados; pero en 1605 el cabildo ha de entrar a rehacer el camino viejo y levantar el fuerte, para lo que

se hace asignación de gastos (el ingenio de don Gregorio Astigarreta, 10 pesos...); nuevamente se habla de matanzas por los indios en el puerto; también están agitados los piles y los pijaos. Arruinado y "acribillado de deudas" aparece en 1611 Francisco Jaramillo de Andrada, que visita la cárcel. En 1618 ha decaído el comercio con Buenaventura y la mercancía llega vía Quito, Popayán; en ese momento es grande el auge de las recuas de mulas; 75 de éstas se venden en 850 "pesos sencillos". Sin embargo, ese mismo año el capitán Cristóbal Quintero Príncipe -quien venía de iniciar en forma el sistema de arriería- propone comprar él un buque para hacer comercio con Buenaventura si se le garantiza el estanco de sal y vino, a lo que se accede. En 1619, el gobernador, pidiendo que se le deje residir en Cali "como habían hecho sus antecesores", argumenta que tiene 'aviado' el camino, que ya se puede hacer en cuatro días⁸. En 1639,

⁸ En el siglo diecinueve serían dos días en mula o caballo y dos en canoa según constató Manuel Pombo y conforme refiere Hamilton que le comunicaron (véase nota 49). En 1551 cuando el futuro obispo don Juan del Valle ante la imposibilidad de utilizar otro medio de transporte reglamentó

al proponer abrir nuevo camino a Buenaventura, el capitán caleño Jerónimo Paneso elabora un modelo de licitación en grande; sus fiadores de cumplimiento son don Francisco Fernández de la Plaza y don Marco García Pardo. Y la “que era una de las ciudades más ricas que su Majestad tenía en estos reinos, [y que] había caído en un estado de pobreza general”, volvió al auge.

Es lo que por los anales del cabildo y la pluma de Gustavo Arboleda nos dice don Sebastián sobre el primer siglo del Camino Cali-Buenaventura. En otra pasada, quizá, le escucharemos relato de las centurias posteriores⁹; hasta la llegada del ferrocarril a Cali el 1 de enero de 1915; hasta la apertura de la carretera al mar en la tarde del 15 de enero de 1944¹⁰; y el empeño continúa.

que ningún montañés habría de poder ser cargado con más de dos arrobas, el viaje se calculaba así: ocho días entre la montaña y la costa, uno de descanso en Buenaventura, ocho de regreso y cuatro de descanso. Don Juan del Valle fue el primer obispo (1558-1562) en la diócesis de Popayán. Activo y enérgico en su diócesis, murió en el camino de Madrid a Trento, cuando se dirigía al Concilio a exponer sus reflexiones sobre la persona humana nacidas de su experiencia en el Nuevo Mundo. El 23 de diciembre de 1554, por tanto antes de ser obispo, escribía al Emperador: “De vivir hasta hoy el Adelantado don Sebastián de Belalcázar se hubieran ganado muchos indios que son muertos”. Respecto a progreso y conquistas laborales piénsese que hoy los que cargan y descargan camiones en los centros de acopio levantan bultos de 60-65 kg (o sea de cuatro arrobas y 4/5 a cinco arrobas 1/5) durante 8 a 10 horas al día (en libre competencia) moviéndose en tramos de unos 10 metros subiendo y bajando más de 1 metro; 6 días a la semana.

⁹ Relato paralelo al de esta primera centuria podrían ser, para 1860-1895, según oportuna y amabilísima observación del doctor Hernando Tejada Sánchez, las páginas 115 a 125 de *Empresarios y políticos en el Estado Soberano del Cauca, 1860-1895*, de A. Valencia Llano, Univalle, Cali 1993. Precisamente las 118 y 119 recogen también sendos testimonios de la época, foráneo el uno, impuesto por la experiencia el otro, sobre las características del valle-caucano.

¹⁰ Fue otra fausta efemérides ésta en que quedó abierta de hecho la carretera al mar. A las cinco de la tarde pasó el primer vehículo automotor, la camioneta que con el ing. civ. Alfredo Echeverri G. habría de venir directo a la carrera 5ª entre calles 13 y 14, a comunicar la buena nueva, no obstante

Se dice¹¹, por otra parte, que Belalcázar, Ampudia, Añasco y López Muñoz entraron por el Anchicayá y El Salado (¡1535 dejando asentado el puerto de Calabozo!). Que Badillo, Robledo y Aldana habrían ingresado por el San Juan y el Calima (1538). En tanto que Andagoya habría dividido en dos su expedición, avanzando la una hasta pasar por Atuncela, al tiempo que la otra progresaba por el Raposo y Tcotá (1539); él mismo habría regresado a España por el Dagua.

Camino adelante, por la hoy calle 7ª oeste jalonan nuestra ruta entre los siglos diecinueve y veinte la finca Santa Rosa,

de los Guerrero, con su casa al fondo frente al Charco de Los Pedrones y su trilladora cerca al charco de El Burro¹²; y en la ribera opuesta la de las Herrera, con esbelta y solitaria “palma de sesenta metros, la Palma de Santa Rosa”¹³. Podríamos haber esguazado el río como se hizo por tanto tiempo, mas preferimos pasarlo por sobre un puente colgante de 43 m de largo, 2,80 m de ancho, a 3 m sobre el nivel de las aguas bajas, del Santa Rosa, pórticos de 2 m de luz, al que el 3 de marzo de 1894 y para su recepción oficial practicó prueba de vibración y resistencia don Benigno Echeverri haciéndole pasar una de sus re-

haber caído ya las sombras de la noche, al gobernador, doctor Mariano Ramos R., en su propia residencia. La noticia fue compartida de inmediato con Joaquín Borrero S., preclaro animador del empeño. Oficialmente se la inauguró el 20 de julio de 1946 con el nombre de Simón Bolívar. ¹¹ Leonidas Marulanda en el Art. Conquista, y otros, de su Diccionario Histórico y Geográfico.

¹² Finca que luego, sin la trilladora, trasladada ya entonces a la calle 25, habría de ser de los Vallejo González.

¹³ Así, como a la de las Herrera -de apellido materno Castillo- solía hacerse referencia a la posesión que habitaban los herederos de Vicente Herrera Córdoba, aun sin desconocer la existencia de dos hermanos entre seis hermanas, una de las cuales murió de 105 años. Algo análogo a como acontecía más recientemente con las Echeverri Vernaza, las ‘Vergarita’, las Correa, las Vega, las Torres, las Young en el actual casco histórico de Cali. Según Ezequiel Gamboa Y., la palma en la propiedad de las primas hermanas de su padre era datilera, al parecer, única, y la más alta de Cali.

cuas compuesta “de 36 mulas, de las cuales 27 llevaban sendas cargas de à 12 arrobas cada una y 9 de vacío”¹⁴.

Cuando se construyó el Puente Ortiz, en 1845, la ruta más frecuentada del centro hasta aquí pasó a ser: Puente Ortiz, puente sobre el Río Nuevo¹⁵ (a espaldas de la estatua de Bolívar, en el actual paseo de su nombre), orillando el cerro por la posteriormente llamada avenida Boyacá, hoy 4ª norte, cruzando la quebrada de El Buen Vivir, que continúa escurriendo su caparrosa en el Cali un tanto arriba del que fuera charco de La Estaca, avanzando hasta dejar de lado más adelante el charco de Los Pedrones, pasando otra acequia y cruzando El Aguacatal, antiguo “Río de los Aguacates”.

Por el costado sur de la cresta, marcada hoy por calle central de Terrón Colorado, iniciamos el ascenso. Arriba, antes de la curva donde ahora se levanta una iglesia, atravesamos la actual carretera para coronar este primer repecho mil metros adelante, sobre la horizontal que constituye el espinazo que cabalgamos lanzando la zanca izquierda del zamarro sobre el Cali y la derecha sobre el Aguacatal, en La Legua. Todavía está allí la ceiba que cobijó mulas y arrieros, y hoy es asiento de choferes y montallantas. Hace 86 u 85 años cuando llegó a Cali traído en hombros desde Dagua (en ese momento Caldas, terminal del ferrocarril) el Altar Mayor de San Francisco (consagrado luego el 3 de octubre de 1911), por aquí discurría, pausada y lenta, la columna de

¹⁴ Según consta en el acta, cuyo original reposa en los archivos del Centro de Estudios Históricos y Sociales “Santiago de Cali”.

¹⁵ Desviación del río Cali en 1835 para construcción del puente Ortiz, y que se practicó sobre una anterior para obras de protección contra las avenidas del río. Ya antes, el “12 de diciembre de 1751 había fallecido don Francisco Sanjurjo Montenegro, ... que legó su fortuna para obras de beneficencia, piedad y ornato [de la ciudad] (...fuente de agua de seis caños en la plaza principal, desviación del río...), que se llevaron a cabo por el empeño que en ello pusieron los albaceas, don Francisco Domínguez de Riascos y su esposa Petronila del Pozo Piedrahíta.” Arboleda Historia de Cali .

cargueros, acompañantes y animadores que observaba desde su casa de El Mameyal don Ezequiel Gamboa Young, quien nos lo contó. Otras romerías se habían visto ya por estas latitudes, que, provenientes de Cali, habían subido anteriormente a recuperar la roca imagen de Nuestra Señora de los Remedios cuando, añorando en un principio sus riscos del Digua a orilla izquierda del río Cavá¹⁶, se fugaba de La Merced. Cronológicamente las romerías más notables fueron, la última de las que subieron por la Virgen; las de la maquinaria de Manuelita; la del altar de san Francisco y, en sentido contrario, la del altar para la parroquial de Buenaventura dirigida por su sempiterno pastor, el presbítero doctor José Ramón Bejarano.

En 1914 en La Legua aún encontramos tunas, la finca de Justiniano Young y bajo la ceiba vendían chicha. Saliendo del espinazo dejamos la actual carretera para rodear por la derecha el morrillo que ésta hendió de plano, y cruzar de

nuevo el asfalto frente a la trituradora Saratoga de hoy, cuando hallamos el Camino hecho carreteable. Y continuamos trepando: otra cresta, más angosta aún, entre las dos vertientes, y hétenos en Pan de Azúcar (hoy Patio Bonito, con ceiba de ahuecado tronco), en cuyas inmediaciones es esplendente la abundancia de mirlas y romero. Es una presencia ésta que ha venido en aumento desde que iniciamos el ascenso en La Portada y que disminuirá más rápido hacia adelante. Pasada la venta que allí hay, el Camino avanza unos metros sobre roca viva, que por ser muy propicia para los resbalones es menester hollar con cuidado. Guayabito, en uno de cuyos giros¹⁷ se alza magnífico mirador sobre el valle. Nuevo repecho, y Montañuelas, donde gratuitamente los moradores mantienen para los transeúntes un barril con agua potable. La Colombiana, vuelta en que se levanta casa de astilla de Santiago Isaacs Ferrer. Abajo vemos la carretera, que se nos acerca y nos

¹⁶ Nombre anterior a 1580. Hállase también Caba, lo mismo que Cavás..

¹⁷ Exactamente donde hoy se levanta torre de transmisión eléctrica.

toca en la depresión de El Sadadito cruce a Felidia. La ignoramos, y faldeando, cuesta arriba a San Antonio, con sus casas dispersas, entre las que recordamos La Westfalia, de Muñoz López, y la aun anterior del Dr. P.P. Scarpetta, atravesamos la cordillera por el Alto de las Cruces (2.030 m)¹⁸. Cuentan que en ocasiones favorables desde aquí se desplegaba a la vista un paisaje de ensueño: la mesa de billar del valle, sus bosques y las lagunas de su río, Llanogrande y el sol de los venados de antesala en El Paraíso. En diagonal, asomado en una esquina del balcón de enfrente, el nevado cono cimero de El Huila, que al ser nimbado por la luz del sol ocaso explica gráficamente la etimología quechua de su nombre: nieve rosada. En este alto hemos franqueado la divisoria de aguas de los dos mayores océanos del

mundo; desde allí, con sólo girar el cuerpo, podemos hacer que el agua en el cuenco de nuestra mano vaya al Atlántico o al Pacífico¹⁹. Tras esta simbólica y práctica síntesis de posibilidades ¡qué no podríamos hacer con un poco de reflexión y voluntad de empresa!

En pleno Alto, las recuas hacen el suyo mientras los arrieros enderezan las cargas: venían subiendo, ahora empiezan a bajar. Las cuentan; por lo que incluso al sitio se lo llamó Contadero. A partir de aquí entramos en el por muchos años reino del lirio y de la hortensia. El descenso es algo más abrupto, hasta llegar a Dos Quebradas: dos torrentes que confluyen sus aguas a la vista de todos en el borde izquierdo del Camino, el que de inmediato atraviesan unidos ya en un solo aforo. Allí mismo comienza Cajones, tra-

¹⁸ Altura tomada del mapa de la Secretaría de Obras del Valle publicado por El País el 8-8-1968.

¹⁹ Sobre el filo de Mares es todavía más exacta esta situación. Es más: desde la cresta y aun un poco más abajo puede divisarse el Pacífico; como efectivamente se lo vio el 15 de diciembre de 1997 hasta las 8½ de la mañana, más o menos, cuando, luego de una noche entera de lluvia y una mañana muy fría, ya el calor del sol fue suficiente para levantar los primeros vapores y empañar el horizonte.

mo llano del sendero, perfectamente umbroso y toldado por el follaje de frondosos y tupidos bosques, que los modernos hubiesen denominado túnel, y que termina en un como tajo practicado en la montaña dejando en pie dos centinelas de peña arcillosa, por donde nos asomamos de nuevo a la caída abrupta del terreno. Descendiendo atravesamos La Tigra y, antes de caer a la casa Berna, la Vuelta del Aguacate, donde hacia la media noche se oía llorar al duende. Nos lo confía P. Emilio Arana O., quien hasta 1946 traía a vender carbón a Cali, saliendo un día a las cuatro de la

madrugada, otro a las doce de la noche, con quien corroboramos nuestros conocimientos de este tramo del Camino, y con quien, además, lo recorrimos a pie (del cruce del Camino con el Dagua a La Tigra gastamos reposados 60 minutos; a Dos Quebradas, 28 más; al Alto, 22 más; a El Saladito, 60 más; a La Legua, 85 más)²⁰. En Cali descargaban y enmangaban en El Cairo, propiedad de los Quintero, actual esquina de las carreras 4^a y 3^a A con calle 2^a oeste²¹. Anteriormente, en pleno auge del Camino, hubo una especie de terminal de arrias del norte y occidente en La Pesebrera,

²⁰ Su testimonio nos permite interpretar que cuando el doctor Evaristo García menciona Contadero en Tocatá, debe más exactamente leerse 'al rematar la cuesta de Tocatá'. También nos cuenta Arana que en el Alto las recuas recibían sal del propietario de la casita allí existente que la sacaba internándose en el monte sin que nadie le hubiese birlado el secreto. Sólo recuérdese que metros abajo el lugar se llama El Saladito.

²¹ Al sur, enfrente, se alzan el barrio y colina de San Antonio. De ella y la capilla -¡y de sus quingos!- cuidaba, cual cívico servicio alterno a sus tertulias, el Corrillo de El Gato Negro, que tomó su nombre de la tradición de que "Belalcázar cabalgó hasta la colina. Y aquella tarde en el bohío del cacique, conquistador e indio intercambiaron caballo blanco por gatito negro". Recientemente el historiador Juan Friede constató que Belalcázar era reconocido "por la protección que este conquistador dispensaba siempre a los indios". Hacia oriente, pasando la calle, la Casa del Peñón, donde Isaacs terminó María. Antes de ser de su padre en 1843, la propiedad era de Lorenzo Umaña Avelenda, hermano de M^a Gregoria y de M^a Manuela. La segunda, madre de Felisa, que casó con Jorge Isaacs F. en 1856. Madre,

amplia ramada paralela al hoy Paseo Bolívar. Delante de ella se construyó el cuartel del ejército, que se estrenó en 1910. Entre éste y el Paseo estaba la Plaza de Armas. Algo análogo a un terminal de arrias del sur existió en Lomapelada, calles 5ª y 6ª entre carreras 24 y 24C.

Al fondo, en el valle del Dagua, Tocotá y, desde 1600 por lo menos, La Porquera, hoy El Carmen. Desde 1793 ésta fue hacienda de don Francisco Xavier Echeverri S., cuya casa paterna en Cali había heredado y con cuyo nieto Benigno y sus arrias nos encontramos ya al pasar el puente colgante frente a lo que treinta o cuarenta años más tarde habría de ser La Portada. Todavía era posesión suya cuando al primer colegio electoral constituyente que hubo en la Nueva Granada, La Porquera envió su representante

(en gracia de cotejo menciónese que también enviaron representante Llanogrande, Viges, Jamundí; y Cali, más de uno)²². Eclesiásticamente pertenecía a la entonces viceparroquia de San José de El Salado, políticamente al partido Valle de El Salado, donde había un Juzgado evidentemente. Mientras en 1838 el precio de la tierra, el ganado y los caballos (\$12 el ejemplar ya quebrantado) se mantenía estable, las mulas corsarias de Don Francisco Xavier habían subido de \$25 unas con otras a \$33 en el curso de veinte años poco más o menos. Un burro padre, entonces hechor, valía \$30. ¿Eran éstas las que fueron famosas mulas de cascos fuertes de El Carmen, las que más tarde encontramos asociadas al nombre de su amansador Carlos Castillo García?

la primera, de Susana, que en 1850 casó con Víctor Riascos Molina, padres de Ulpiano, rector de la Universidad del Cauca y primer gobernador del Departamento de Cali, hermano de Enriqueta, suegra de Pablo Borrero Ayerbe, primer gobernador del Valle del Cauca.

²² Un siglo más tarde, en el conflicto con el Perú, El Carmen también estuvo presente con al menos uno de sus hijos, el entonces capitán Alfonso Collazos Reyes al frente del grupo de sus hombres en pleno Tarapacá, y Güepí. Igualmente fue El Carmen cabecera de distrito de 1898 a 1904.

Mulas seguía criando Benjamín Montoya B. cuando pasamos a comienzos del siglo veinte por Tocatá; 80 de recua llegó a tener allí antes de extinguirse la centuria anterior el padre de Luis A. Cifuentes Zúñiga. Entre unos cien o doscientos metros adelante del paso del río se erguía el mojón Número Cuatro, de la cuarta legua a partir de Cali. Llegados a Vahondo el naciente río Dagua comienza a hacer sus pinitos de grandes cañones, de travieso y terrible. “¡Un río muy soberbio!”, es su rasgo descriptivo en boca de los viejos de hoy; y de antaño. Más allá en el Camino y en la vega del río, junto a varilarga y solitaria palma hallamos la casita de las Sánchez: Jesusita²³, Biga y Leta. La última murió en 1983, de ciento dos años y medio, impedida pero perfectamente lúcida. Fueron unas negritas muy serviciales, muy afables, bien conocidas de muchos caleños y a quienes en 1916 descendientes de don Francisco Xavier escrituraron

inmueble y autorizaron a sacar tejas de su casa de frente a la quebrada La Alameda, que tal vez entonces abandonaban porque de esa casa sólo conocimos un muñón de gruesa tapia de adobe a mediados del siglo veinte. El 15 de mayo de 1888 se albergaba allí por quince días el franciscano fray Pedro Guatti de camino a un traslado forzado a Loja, Ecuador, y contra seria y airada resistencia de parte de la feligresía. Cabalgaba el fraile un mulito pardo muy trochador que le había facilitado don Benigno Echeverri. En casa de las negritas, bien famosas eran las colaciones, cáscaras confitadas de cítricos, el desamargado, el pan, el pandebono y el pandeyuca que las tres hermanas preparaban por encargo, y les bastaba; las mandarinas y duraznos de su huerto, así como limones, naranjas y toronjas del solar. Allí dieron ellas albergue a muchos, finalmente a Rafael Guerrero Torres, talento orfebre, mago de la caricatura fisionómica amable, que

²³ Gran impulsora del esfuerzo por construir la que fuera vieja iglesia de El Carmen, en madera toda ella. Su casa fue sustituida por otra de otros rudezas de Valorización- hace ya unos cuatro años.

terminaba ermitaño a golpes de incomprensión; era hijo de don Rómulo, insigne y apreciado gran joyero de Cali. Frente a la suya está todavía la casa que fue de Carlos Bonilla Collazos, en los albores del siglo veinte. Otro repecho más y llegamos a la propiedad que con María Lloreda esposa de Julio Velasco Verdugo comenzó a llamarse Dospalmas al heredarla de sus padres Francisco y Eloísa hacia mediados del siglo diecinueve.

Ya en lo que hoy es El Carmen, dejamos a nuestra derecha la plazoleta de la Iglesia para encontrar la Plaza del pueblo, que fue de mercado y de sonadas fiestas. Hacia la tercera década del siglo veinte, los sábados, día de mercado, y para abastecerlo, allí se sacrificaban -o pesaban, en expresión local- entre 15 y 16 reses. Por su parte, el maestro Antonio Quinayás, que vive actualmente en Siloé, nos expone al contagio de su emoción cuando nos describe cómo esos días dejaban impronta en el alma, porque lo eran de emoción, estreno y lu-

cimiento, porque durante muchos de ellos se hablaba con entusiasmo del acontecimiento y palpitaban más recio los corazones de niños y de vecinos de kilómetro Veintiseis, El Palmar y El Vérgel que se congregaban para bajar en romería a las ¡fiestas de El Carmen! Parece querer revelarnos que en su niñez conoció así días que eran marcantes, como de referencia y de gracia. Otro tanto pudieran decirnos tal vez los viejos habitantes de La Clorinda, que fue hacienda de los González Molina, que lo había sido de los Naranjo Echeverri, de Luisa Cabal. Pues bien, en la esquina suroccidental de esa memorable plaza, a oriente del Camino, encontramos vestigios habitados de la morada²⁴ de Hernando Lloreda y esposa, Jesusita Lenis. A lo largo del largo callejón nos saluda el recuerdo reciente de doña María, "la gobernadora", de apellido Salazar, que fue alma del pueblo desde su sempiterno cargo de inspectora, que le llevó la luz eléctrica y a algunos de los actuales moradores. A la izquierda, barranco aba-

²⁴ Derruida pocos años después de este recorrido.

jo, muy abajo, el Dagua y su charco de El Jigua, mellizo del de El Burro en Cali: la misma curva, la misma peña, la misma profundidad, la misma emoción, la misma desaparición. En el callejón, el viento se orquesta de graves cuando zumba y de agudos al cortarse en el pentagrama de las cuerdas del teléfono. Porque mientras las demás poblaciones continuaban comunicándose por telégrafo, El Carmen ya lo hacía por teléfono, y con el mundo entero²⁵. Y en la vega del río (aún en pie, otras dos

palmas), de allí hasta doblar la Cuchilla y caer al Jordán por occidente y rematar en Junticas de la Clorinda al sur (Juntas en escrituras de 1850) y por oriente hasta la actual nueva vía al mar, las posesiones tradicionales de los Collazos, entre quienes recordamos de últimas décadas de siglo pasado a comienzos del veinte a Celestino Collazos Villa, sus excelentes yegüerizos y sus amistosas andanzas con el adversario Rafael Uribe Uribe²⁶, a su tío Simeón Collazos Rodríguez, y a los hijos de uno y

²⁵ Como cuando ya en la década cuarta del siglo veinte Eulogio Echeverri V. bajaba de su casa de recreo en la Carretera al Mar con Carlos Mercado M. o el doctor Jaime Garcés B. a El Carmen a mover desde ese teléfono sus negocios en Nueva York. Allí también residía el Guarda, a cuyo cuidado estaba la línea, desde La Horqueta por lo menos (arriba de Saladito) hasta Cisneros más el ramal de La Cumbre. El primer guarda fue Ricardo Hines-trosa. Al instalarlo, el teléfono fue confiado a Rosa García Riascos, que lo atendió en su casa, de 1934 quizá a 1956. (Por esos días, sólo unos tres o cuatro años antes, Garcías y Lloredas, durante tanto tiempo abastecedores fundamentales del mercado de carne de res en Dagua, también habían dejado de hacerlo). Un poste adelante, frente a la propiedad (hoy de los herederos) del Mayor A. Collazos R., se mantiene en pie, con sus cuatro brazos en cruz ornados con treinta y seis aisladores de vidrio verde o cristalino, uno de los postes traídos de Canadá con que se tendió la red. Ostentaban tres letras en aluminio o zinc Compañía Telefónica Central. Hay otros entre La Legua y El Saladito, pero justamente en estos días (oct. 1996) los están tirando a la vera del Camino, sustituidos sistemáticamente por otros de concreto, sin brazos ni bornes de vidrio.

²⁶ Su hermano Julián cuenta de sí mismo en sus Memorias, Bco. de la Rep., Bogotá 1994, que en la casa de Celestino pasó la época más feliz de su vida, destacando más adelante, página 368, la "vida paradisíaca que llevábamos

otro²⁷. Casi en la por entonces salida del pueblo pasó años de infancia y juventud Alberto Warnier Cuadros en la propiedad que su padre, Alberto, allí tuviera. Venados, entre otros, en la manga, pájaros de todo trino y plumaje en jaulas tamaño casa, jazmín corriente y de El Cabo, o gardenia, y otras plantas de la más varia índole en el jardín acompañaban a los Warnier en su estancia; por supuesto, allí se daban esplen-

dentos las dos rosas que por tanto tiempo se encontró en casi todos y cada uno de los hogares vallecaucanos: lapaúl y la algo más exótica bola de nieve; no hace tampoco demasiado dejaron de aromar el callejón las camias de sus cercos.

De paso por La Rosita, recordando cómo por este mismo camino entraron el altar de San Francisco, la maquinaria de Manuelita²⁸, avistamos, en las márgenes del río, los gua-

en El Carmen”; habla de la mala fe de los yanquis en lo del ferrocarril, y de haber sido Juntas “uno de los pueblos del país donde más oro circuló en la época”, página 198.

²⁷ Entre los Lloreda mencionamos a Hernand o y a María, mas allí con ellos estaban sus otros hermanos, Ernesto, esposo de Soledad García Riascos, Guillermo, Francisco, Lisenia y Obdulia, casada con Ignacio Holguín. En igual forma, con los viejos Collazos figuran Emiliano y los hermanos de Simeón: Eliseo, Abraham, Petronila.

²⁸ Traída con el concurso de mil doscientas mulas y seiscientos bueyes en jornadas repartidas en el curso de tres años. Por ahí pasaron igualmente el piano Broadwood de los Mosquera, llegado de Inglaterra vía Guayaquil, Buenaventura, Cali, Popayán. Así mismo el vapor “Cauca”, segundo que se botó al río y que, construido en Inglaterra, introducidas sus partes por el Camino a hombros y a lomo de mulas y armado en el Paso del Comercio el 17 de septiembre de 1887, apenas rayaba el espejo de las aguas calando 0,61 m con sus 26,52 m de eslora y 4,27 m de manga. Igualmente hicieron historia del camino cargas que no lograron recorrerlo. Entre éstas, el mausoleo para la familia Borrero Mercado, hecho en mármol en Italia en 1907, mas cuyo peso y volumen de piezas, que debían ser ensambladas en Cali, imposibilitaron el transporte, con lo que a excepción de un pedestal y del busto de Víctor (véase nota 42), hubieron de ser donadas al inamovible cura de Buenaventura, doctor Bejarano. Otra carga que se hubo de quedar en el puerto fue la maquinaria de producir cigarrillos que planeaban para Cali César Córdoba, Jorge y Leopoldo Mercado, y que hubieron de levantan-

duales donde pernoctaban miriadas de catanicas (catalnicas, en el diccionario) que llegaban puntualmente de levante a las seis de la tarde y reemprendían vuelo al encuentro del sol exactamente a las seis de la mañana, arrullando y despertando a bestias y cristianos, el río y los sembrados; la garrulidad con que lo hacían era estruendosa, interminable y amabilísima. El pueblo las defendía: disparo de cazador furtivo que retumbaba, y los hombres que se hacían presentes en los guaduales porque lo que era con las catanicas era con ellos. Hasta que -¡dale con el 'progreso'!- con el obligatorio baño nacional en Ddt se inició su nefanda extinción; entonces, a los hombres también los percoló el rumor modernista de que eran nocivas a los sembrados y dejaron de protegerlas. Así que desaparecie-

ron²⁹. Hace unos dos o tres lustros, cabalgando este viejo Camino al caer de la tarde a la altura de Tocatá me sobrecogió un débil, entrecortado sonido, sólo potenciado por la floración súbita de un viejo, olvidado recuerdo: una bandada de ¡catanicas! cruzaba realmente el cielo de este a oeste, la dirección de siempre; el destino, incierto. Frente a La Rosita, en el alto, quedaba la casa, de astilla, de don Belisario García García. Por encima de ella pasaban las catanicas, y en ella organizaban inolvidables saraos, según leímos en Despertar Vallecaucano o en Revista Occidental, las bisnietas del señor regidor decano del Cali de comienzos de siglo diecinueve don Francisco Antonio García Riascos, capitán en la batalla de Iscuandé. Dizque el baile terminaba religiosamente a las diez

tar en Buenaventura con el nombre de Fábrica de Cigarrillos El Progreso, que elaboraba los cigarrillos Legitimidad. Disuelta tiempo después la sociedad Cauca Industrial, Leopoldo M. trasladó aquella a Guayaquil, donde todavía existe como Fábrica de Cigarrillos El Progreso.

²⁹ “Las Catanicas en los guaduales/ de Celestino, allá en El Carmen,/ son un conjunto muy agradable/ a los vecinos de donde duermen... De verdes plumas, copete rojo/ y corvo pico, muy puntiagudo,/ son la amenaza para el despojo/ del blanco grano de maiz en crudo ...”, versificaba Alejandro Sarasti Aparicio.

de la noche, cuando don Belisario aparecía en la sala, despedía afablemente a los galanes y, no menos afectuoso, mandaba las hijas a dormir. Nosotros continuamos en dirección Ventapelada.

Por avenidas, calles, carreteras y carreteables, el Camino, -para cuya reconstrucción histórica también elaboramos un mapa, que adjuntamos a esta crónica- se anda todavía hoy. A partir de La Portada el Camino ha venido siendo recortado por las invasiones de Terrón Colorado y Vista Hermosa, tendidas, ésta por lo menos, a lado y lado suyo. Es carreteable prácticamente todo, menos entre El Saladito y San Antonio, que ha vuelto a camino con huellas de haber sido transitable a los carros; tampoco un trayecto de doscientos metros antes de Jiguales, donde los vehículos han de bajar a la carretera Simón Bolívar al lado del puente o paso de La Virginia sobre el río Dagua. El Camino, por su parte, aunque estrechado por los cercos vecinos, se conserva -y, con sus cangilones, como una ligera muestra de su estado antiguo-, al cabo de los cuales dichos metros, y con

otros vecinos, vuelve a ampliarse y a contar con cascajo hasta caer a la Simón Bolívar, que lo utiliza unos seiscientos metros; se separan y él sigue viable a los automotores hasta unos quince minutos antes de Platanares. Sólo en este trozo anterior del recorrido vimos sitio en que se estén renovando -y para lo mismo tal vez- los guabos que, dando sombrío al cafeto arábigo, fueron durante épocas constitutivos del paisaje; los viejos, machete, perrero, churima, que a trechos perviven, se los ve melancólicamente vencidos por los años. En Platanares encontramos una ardilla y cultivo de caña de azúcar, de resto totalmente extinguido en la zona; a comienzos de siglo veinte, en la finca que allí tenían los Echeverri R. se daba la vainilla. El Dagua, que viene de recibir tributo de Centella, se lo pasa por vado o rústico puentecito de guadua. Casi un kilómetro adelante el camino desaparece en la maleza, que tampoco es muy antigua sino más bien pajonales muy altos; se lo descubre con un poco de atención y olfato. De continuo se oye el bramido del río, y a intervalos se lo

puede ver, abajo, en el abismo, discurriendo vocinglero por un hermosamente bronco y ensimismado cañón. Por último, esta huella o cicatriz del Camino es cortada abruptamente, con unos tres metros de desnivel, por la vieja carretera que comunica a Dagua con la Simón Bolívar. A partir de allí se nos pierde con el cascajo y el asfalto de las carreteras hasta reencontrarla en la antigua Santa Ana, hoy kilómetros 55-56 de la nueva vía a Buenaventura.

La idea era recorrer todo el Camino, por lo menos hasta Juntas, a pie. Ante las razones que se tejen en torno a orden público, nos abstuvimos de seguir avanzando. Desde inmediaciones de Atuncela, hasta donde llegamos por el acceso actual sin haber dilu-

cido su parte del Camino, el tubo del oleoducto está tendido sobre él. El tramo Puerta de Dagua a Juntas lo hemos reconstruido a punta de citas y puros datos geográficos Agustín Codazzi. Para esta zona, en nuestro mapa faltan dos tramos que no logramos identificar.

Todo esto ahora; anteriormente el recorrido estaba amojonado por Tocotá (vado del Dagua), Vahondo (cruce del Dagua), El Carmen, (vado del Dagua), Ventapelada, Jiguales, (desde 1928³⁰ cruce de la Simón Bolívar), Platanares (por puente de hierro ya en 1914, cruce del Dagua), Patio Bonito, Caldas (Dagua desde 1918)³¹. Más atrás en la historia, siglos diecinueve a diecisiete, los sitios antes del Loboguerrero de hoy eran Toco-

³⁰ El tramo Cali-Dagua se inauguró 12-10-1928.

³¹ Del cruce del Dagua con el Camino en Tocotá invertimos 35 minutos caminando hasta Vahondo, más 13 a La Alameda, más 12 a Dospalmas, más 8 a la plaza de El Carmen, más 6 hasta donde el Camino despiende la carretera, esquina de los Warnier, en la posesión que luego fue de Gustavo De Roux y Enriqueta Rengifo, hoy de los herederos de Velásquez Palau; más 16 a Ventapelada, más 37 donde el Camino vuelve a separarse de la Simón Bolívar a la altura de Jiguales, más 60 al vado del Dagua en Platanares, más 25 al corte de la carretera, frente a la confluencia del Jordán y el Dagua. El Patio Bonito de entonces ya no existe y tampoco coincide su localización con las dos que traen los mapas actuales, para el antiguo Pan de Azúcar y un caserío bajando de Jiguales.

tá, La Porquera, Platanares (ya antes de 1674), Bono³², Papagayeros (más tarde Remedios), Puerta de Dagua; y Naranjo, poco más allá.

Alrededor de El Limonar, o antes de Platanares, debía de apartarse el camino que pasando por El Salado, la colonial [vice] parroquia de Torre Mudéjar -aún en pie-, buscaba salida al mar por el Digua, el Zabaletas y el Anchicayá. Con unas vueltas más debe de ser el de la carretera Simón Bolívar. G. Arboleada dice que “en pleno Dagua” torcía al suroeste por el Digua en busca del Zabaletas hasta donde remontaban las embarcaciones. Ya en 1680 había allí

un poblado considerable, con bodegas en 1700. Aun cuando hacía un siglo se navegaba el Dagua, los asaltos de los indios habían llevado a buscar volver a este camino ‘abriendo vía’ por El Salado al río Calabozo (con estudios previos en 1797 y propuesta en 1804), cuando en el momento de la Pacificación Warletta se apoderó de la idea obligando patriotas a abrirlo como una forma de quebrantarlos. Demasiadas pérdidas en vidas y dinero acabaron con la penosa empresa. De entonces data la copla: “Con sudor, sangre y lágrimas/ bañan sus cumbres y riscos/ de esta tierra desgraciada/ los desventurados hijos./ Ca-

³² Aun cuando también sabemos a ciencia cierta que don Bernardo Alfonso de Saa, alcalde ordinario de Cali (en 1675 y 1679, que fue de encomenderos en 1672), midió las tierras del sitio y Valle de Tocotá, Bono, Dagua y La Porquera, no lográbamos situar a Bono hasta encontrar el testimonio de Gustavo Barona P. quien, siendo ferroviario también conoció el Camino, y nos contó cómo en inmediaciones de la desembocadura de la Española había visto, por última vez en 1935, las ruinas de la robusta y amplia mansión de la hacienda Consuegra, de la que, con tradición de posada de los más distinguidos que por allí pasaran, se decía elevada sobre anterior Tierra de Bono. En esta forma Bono se sitúa legua y media más acá y por fuera del corchete geográfico con que acotaba su localización la nota 17, pág. 9 del número 4 de Memorias.

mino de Anchicayá,/ sepultura de hombres vivos,/ donde los bravos se aman-san/ y los soberbios se humillan ". La idea sólo se abandonó en 1873 y se retomó en 1926 para la Simón Bolívar.³³

De paso por Bono, cañón del Jordán de por medio, André nos comenta que "el único comestible que se encuentra en las escasas viviendas del camino del Dagua es una especie de maíz amasada con huevos, llamada por los arrieros pan de Bono".³⁴

Al llegar a "términos de Dagua" nos llama la atención la empresa para beneficiar cabuya, que en 1602 exportó por

Buenaventura 600 arrobas y en 1604 fue vendida por 250 "pesos de ocho décimos". Por títulos de 1694 sabemos que por esos 'términos' había Los Chancos y Algodonales, comprados algún día por Francisco Sánchez de Roa, más otro predio apelado Cienagueta que era una estancia en el camino de la Buenaventura, lindante con tierras que pertenecían al convento de Nuestra Señora de las Mercedes y Redención de Cautivos, y con las de Papagayeros.

Ciñéndonos al testimonio de Paredes³⁵, una vez atravesada la Honda³⁶ se descendía a buscar la orilla derecha del río, frente a la hacienda La Laguna, propiedad del doctor

³³ Lázaro María Guerrero E., que participó en su apertura, contaba haber hallado restos de herraduras que manifiestamente habían calzado cascos mayores que los de las bestias contemporáneas; igualmente, adosados a un árbol, dos fusiles aherrumbrados y ya sin los componentes de madera. Pulido uno de ellos, regalo a Carlos Mercado M., se encuentra en casa de un hijo suyo en Quito

³⁴ Memorias N° 4 pág 9.

³⁵ Joaquín Paredes Cruz, en su Monografía de Buenaventura, Imprenta Márquez, Cali 1940.

³⁶ No figura en los mapas, pero, hoy menos que un arroyo, un hilo de agua, allí está, a 1.500 m del corte del Camino por la carretera, 1.800 m a partir del puente sobre el Dagua (que debe de ser el de hierro que hubo en 1914 en Platanares); por entre tubos de cemento apoyados sobre gaviones cruza bajo la carretera 1.600 m antes de que ésta desemboque en la nueva vía al mar.

Narciso Riascos, para continuar por el pie de Papagayeros; de allí en adelante, siempre sobre la margen derecha del Dagua, seguía el Camino colonial, cruzando por sitios de nombres Burrera³⁷, haciendas de Santa Ana y Puerta del Dagua, punto por donde el Camino tomaba la margen izquierda del río³⁸ hasta Los Hornos, siguiendo al caserío Las Venticas, por parte amena, hasta desembocar en el antiguo Camino de las Hojas. Allí se le unía el que venía del Paso de la Torre.

Éste venía recorriendo cruceo de Vijes, cruceo de Yumbo, orillando la quebrada Mualaló por su margen izquierda, subiendo a Cresta de Gallo y Montañitas, descendiendo a Pavas, Pavitas, La Chamba, Bejuco, Pozo, Parragueta, Alto de Párraga, Altos de Amancaayo, descendiendo al río Bitaco por Lomas Pendientes, río Bitaco (con toldadero a ambas orillas), Vuelta Larga, Simarronas (antiguo nombre de la hacienda La María de los herede-

ros de Alfonso Menotti, que fuera de Juan Antonio García), quebrada Simarronas, sitio de Cienagueta, desde donde se descendía al lecho del Dagua, Alto del Venteadero trepando hasta el pie de la montaña de Las Hojas a reunirse con el camino de Cali.

En seguida remontaba una cuesta pendiente hasta el Alto de Las Hojas y seguir por el filo de la montaña, por vía angosta y fangosa en donde en los inviernos “los guapos sentían tristeza y, afligidos, lloraban”. La cuchilla de Las Hojas divide las vertientes de los ríos Dagua y Pepita. Coronado el Alto de la Puerta se bajaba por inclinadísima caída, denominada Bajada del Hormiguero, hasta la confluencia de dichos ríos, donde, asentado en gran vega, se alzó el caserío Juntas del Dagua, cabecera de distrito y primer puerto en el Dagua. En este punto, el Dagua, que viene bullicioso y galanteador por la derecha, y Pepita, que aparece con timidez y remilgo por la izquierda, se

³⁷ Quebrada que como tal aparecía en el mapa hasta 1946 y que en los de hoy figura como Tiburón.

³⁸ El mapa de A. Codazzi, de 1855, es el único que registra Santa Ana, y según él, una vez llegados allí ya habríamos esguazado el río.

encuentran, se oyen y se aman; juntan luego sus ondas y sus destinos, adoptando en su consorcio el nombre y hasta las geniadas del río varón; siguen como conjunta persona el curso vario y agitado de su vida, con las querellas domésticas que se sospecha, pero que ocultan para quien los trata superficialmente, y mueren al fin, identificados y mansos en la bahía de Buenaventura, formada por ese océano sin fondo y sin horizonte, como la eternidad, que se llama el Pacífico, según presenció Manuel Pombo³⁹. A esta población, que años después habría de ser totalmente borrada del mapa por una creciente espantosa, llegaban desde 1734 o 1735 en que se inició formalmente y se sostuvo la navegación del Dagua las canoas con mercancías y pasajeros procedentes de Buenaven-

tura para su posterior transporte a lomo de mula. La desaparición de Juntas ocurrió en la madrugada del domingo 27 de octubre de 1912, cuando el ferrocarril se aprestaba a otear el Valle desde Cresta de Gallo, y ya casi podía darse por domada la naturaleza. Mas ésta se encabritó de nuevo: se hincharon las venas de quebradas y riachuelos y ante el desbordado empuje de los ríos Bitaco, Grande, Pepita y otros, el Dagua destruyó el camino de herradura, todos los puentes⁴⁰, el telégrafo, 25 kilómetros de vía férrea y barrió con Juntas. Entonces también gimieron las rotativas de La Estrella, en Panamá, y El Telégrafo⁴¹, en Guayaquil, con este revés de los vallecaucanos en su multi-secular lucha titánica. Poco después se procedió a reconstruir Juntas pero arrimándola mejor al regazo del Pepita. En

³⁹ Lo consignó en Bajando el Dagua .

⁴⁰ El de Juntas era de guayacán tan sólido y robusto que se lo consideraba una obra si no definitiva, para muchos años. La creciente sólo pudo con él atacándolo desde los estribos. Tres días antes había sido inaugurado por el Superintendente del Camino, el general Julián Trujillo. El Correo del Cauca relata que aguas abajo también crecieron haciendo estragos el (hoy quebrada la) Delfina, el San Cipriano y el Venado.

⁴¹ También, este periódico financió el vuelo del primer avión que aterrizó en Cali, el 12 de abril de 1921, en un mangón entre las hoy calles 28 y 32 con carrera 8ª.

tiempos normales, los sitios más peligrosos de la navegación eran El Salto y El Saltico, en donde había que descargar las canoas, seguir a pie y llevar los bultos a hombro para efectuar una operación de trasbordo. En El Salto ésta se hacía a canoas de iguales proporciones que o bien se hallaban muy casualmente al otro lado o que los bogas habían empujado por acequitas practicadas entre las piedrecillas flojas de las orillas, o portadas en vilo llegado el caso. En El Saltico había cambio de embarcaciones: más grandes para bajar a Buenaventura, canoas para seguir a Juntas.

Cuando en el siglo diecinueve se distribuyó “una hoja” en que buscando animar a la población a construir un “camino de ruedas” (hoy ferrocarril) se hacía ver sus bondades, los bodegueros de Juntas, El Salto y El Saltico calculaban que por el camino se movilizaban de 9.000 a 10.000 cargas anuales, lo que equivalía, según ellos mismos, a unos 20.000 quintales⁴².

Toparnos con una recua⁴³ en el Camino ha sido encontrar un sistema de tránsito bien organizado. Fue la forma de transporte que se denominó del Arria, o de la

⁴² Boletín Histórico del Valle, sep. 1932; entrega 3^a. Las mulas de don Benigno Echeverri (de especial mención en el libro centenario de Manuella) cargaban más (origen de nota 13) que este promedio.

⁴³ A. Sarastí A. en Reminiscencias de Cali Viejo y Otras, Imprenta Departamental Cali 1983, menciona las de los hermanos Reyes de Ginebra, que las poseían estupendas. Ya conocimos destacadas encima de la nota 13 las de Benigno Echeverri. Despertar Vallecaucano N° 121, abr-may de 1994 recuerda las de Hernando Carvajal B., las que debían transportar ya desde Cisneros el mausoleo de la familia Borrero Mercado (nota 27). Hernando Carvajal se hizo construir por el portorriqueño Félix Aguilú el Castillo Carvajal (Av. 4N con calle 8), “en estilo del Renacimiento español, siglos dieciseis y diecisiete”, que legó a su familia y del que parece haber sido réplica alguna de las posteriores edificaciones de Aguilú en Buga. Anteriormente el mismo había levantado en Palmira el Pabellón de la estación ferroviaria de la Granja Experimental; también construyó en Cali como mansión de Julio Villegas, hoy de la familia Molina (Av. 4N), un “castillo en el estilo de las praderas de Lombardía, siglo trece”; asimismo la residencia que las Borrero Mercado, hermanas de Víctor (nota 27), destinaban para

Arriería⁴⁴. De primero, unas cuabras delante de la recua, el Guión; un muchacho que marchaba a pie llevando de cabestro un caballo, el Madrino, en el que se transportaba la toluda, los víveres o remesa y los trastos de cocina. Ed. André en el relato de su viaje por la Nueva Granada observa: “Más lejos se encuentran las llamadas angosturas o sean canales en declive abiertos en la arena o en la arcilla y de fondo tan estrecho que no pudiendo sentar las mulas más que un solo casco en el surco, se ven obligadas a cruzar las piernas para andar, con el aditamento de rozar de continuo en las márgenes y de caerse por poco que pongan el pie en el empinado talud. Esas angosturas se encuentran a cada paso, y al cruzarse dos viajeros, no hay más remedio que tumbar una mula para que la otra pase por encima”. En aquella circunstancia, y sien-

do las recuas numerosas, era menester que el guión portase un cacho de res que hacer sonar a modo de trompeta en determinados sitios anunciando la proximidad de su recua y definir con el guión de la recua que viniera de frente el sitio en que pudiéndose hacer a un lado una de las dos se detuviera para dejar pasar la otra. A esta misma función de precaución servían los Asomaderos, sitios altos desde los que se divisaba parte del Camino que faltaba por recorrer.

El cuerpo de la caravana venía integrado por las mulas y sus arrieros, que marchaban a pie. De pies a cabeza la indumentaria de éstos era: quimbases⁴⁵ de cuero crudo o de lona, pantalón, que los lodazales recomendaban llevar remangado a media pierna; correa ancha de cuero, con muchos pasadores en el pantalón; camisa de manga larga; sombrero de piza, que era de paja, color blan-

Víctor Borrero Borrero (Av 6) “en carácter de pequeño hotelete de la campaña romana”, conforme a página 905 del *Almanaque de los Hechos Colombianos*, de Eduardo López, edición 1929 Cali.

⁴⁴ No encontramos entre recua y arria otro matiz que, si acaso, arria como recua en función de acarreo.

⁴⁵ Suela con algo de empeine, o capellada, un ojal levantado en el talón y cordones con que atar al pie.

co y cinta negra en derredor; Mulera al hombro, con la que se protegía éste al cargar, con la que se tapaban los ojos de las bestias chisparosas al enjalmarlas, ensillarlas, cargarlas, montarlas, herrarlas o curarlas, con la que se repelía el frío de los caminos enfundándose la cual una ruana, o el de la noche tendiéndola como cobija; peinilla de 22 o de 24 pulgadas con vaina o cubierta⁴⁶ de 16 barbas y perrero de berraquillo y cuero crudo; tapapinche o especie de delantal protector, que lo llevaban de cuero quienes herraban las bestias. Y, común a todo varón, en Cali por lo menos, y al parecer sin distingos de ninguna clase: el pañuelo Rabuegallo con que en acción rápida podía pasarse a proteger la cara de las polvaredas y, en unión del cordón permanentemente atado a la cintura, atender las delicias de los charcos en los ríos y en las Pilas naturales.

Cerraba la marcha el Caporal, responsable del personal y de la recua, en ocasiones su

propietario. Y cuando la recua disponía de perro propio, lo habitual es que éste fuera suyo. A usanza de quienes cabalgaban el Camino, en bestia de silla (caballar o mular), debía de vestir zamarros (en su lugar polainas los menos avezados a estas andanzas), y cargar sobre las ancas de la cabalgadura alforjas y hulera; espuelas, en ocasiones. Uno de sus no pocos cuidados era el de calcular llegar a toldadero no mucho antes, pero tampoco muy pasadas las cuatro de la tarde. Sabiduría de arriero, responsabilidad de caporal era alternar mula mansa con pajarrera⁴⁷, baquiana con primeriza, esto es, dosificar la mezcla del empuje y de los bríos con la serenidad y la experiencia, que así se enseñaban y comunicaban al relevo.

Una vez en Toldadero se procedía a armar la tolda y descargar las mulas. Fardos y petacasse apilaban en orden a crear protección contra el viento y el frío. Las petacas eran cajas, especies de peque-

⁴⁶ Quizá no habrá de estar de más advertir que la vaina tiene sus pasadores y correa propia para atar a la cintura.

⁴⁷ Igual que chisparosa, fácilmente asustadiza.

ños contenedores de cuero crudo. Los fardos se impermeabilizaban forrados en encerados, telas de yute alquitranadas por lado y lado, que en ocasiones también servían para establecer el piso y elevaciones de los pesebres de navidad. Libres de rejos y enjalmas las mulas recibían su ración de caña picada y se enmangaban, aun cuando sitios había donde se las dejaba pastar libremente. Entretanto el guión debía haber provisto de agua al campamento y de fuego y comestibles a la olla. Plátano, carne, yuca y aguadepanela o chocolate y pan de Bono, eran la base del sustento. No faltaba el arriero que cargaba su tiple o aquel otro que se hacía acompañar de su perro. Habitualmente se comía sancocho, pero había variaciones en la forma de preparar la carne, el plátano o la yuca. El plátano, se comía cocido y en ocasiones machacado. La carne, que era salada, secada al sol y transportada por el madrino, fue la que se denominó De petaca. La olla se ponía colgándola de un palo horizontal entre dos horquetas, o asentándola sobre tres piedras grandes de río, llamadas Tul-

pas. Cuando las mulas pastaban libremente, la presencia sosegada y adiestrada del madrino garantizaba que éstas no se desperdigaran ni alejaran demasiado.

A poco se iniciaba la etapa del sueño, la de los relatos de experiencias y proezas, de las rudas luchas con la naturaleza y los peligros. La terquedad de algunas mulas, la quisquillosidad de otras, su dicha en bordear los precipicios, a los que iban a dar si por un tropezón de la carga más que de los cascos o por una atropellada de mula primeriza perdían irremediablemente el equilibrio: se iban de lado y mientras aferraban los remos seguros agitaban el otro, los dos que ya habían perdido piso; pataleaban; bufaban algunas en su desesperación; llegaban los ojos a desorbitarse del desespero; pero no era cuestión más que de segundos, mientras rápidamente desaparecían carga y mula para no verse más que el abrirse y cerrarse la espesura en la caída y escucharse solamente el traquido de las ramas al partirse y, en ocasiones, cuando el precipicio no era muy alto, el golpe final en las piedras o en el río. Las pen-

dientes fuertes⁴⁸, que cuando llovía no se dejaban escalar u obligaban a las mulas avezadas a bajarlas recogidas las patas y estiradas las manos. O las crecientes de los ríos o las quebradas que los detenían sin saberse hasta cuándo. O los atascaderos, donde se quedaban pegados carga y animales, o, peor aun, los sumideros y los chupaderos en que se enterraba blandamente considerable porción del cuerpo de la bestia y de la carga. O las mulas espantadas a la estampida en las noches de toldadero por

la presencia del tigre⁴⁹; con solo olfatearlo, el mismo efecto se producía en las experimentadas que ya lo conocían. O las venenosas arañas pollas-sorpresas frecuentes en los racimos de plátano o en los cañales- o el letal ciempiés grande. O las culebras y las víboras: la terrible verrugosa, que atacaba siempre desde lo alto, en zarpazo como de resorte contraído que se suelta; la no menos temible guascaína de diez pies de largo y tres pulgadas de diámetro; más la pelodegato, más la rabodeají.

⁴⁸ Las más temidas y famosas fueron: Tocotá (agotadora por su larga extensión), Platanares, Jiménez y Peña de la Iglesia. Quince túneles habría de proyectar Cisneros para el ferrocarril y ciento tres puentes, según biografía de Francisco Javier Cisneros, Coopnalgráficas, Bogotá 1948, quien tampoco logró llevar a cabo la empresa. Sin embargo, allí estaba el valle-caucano, “pueblo muy emprendedor”, que una vez ha visto la bondad o necesidad de un asunto lo toma en sus propias manos con decisión y arrojo, según tenor del testimonio comunicado por el Dr. H. Tejada S.; véase nota 8. Más tarde, la carretera al mar habría de ser iniciada, y proseguida por el íngrimo esfuerzo de los caleños. Ni más ni menos ocurrió con el mundialmente lucido Campeonato Mundial de Natación, para el que de los 14 millones que costó sólo se recibieron millón cien mil como contribución nacional, según Bonar en El País julio de 1975. Y, a propósito de la citada biografía, anotemos que en ella se lee la frase sobre los bogas del Dagua atribuida a Humboldt: “Cada boga es un dios y cada paletazo un milagro”.

⁴⁹ El último tigre -o jaguar- de que se tenga noticia en la zona de Dagua fue cazado en 1974 o 1975 y expuesto a la curiosidad y admiración de los presentes en la Universidad del Valle en Meléndez, mientras sus cazadores buscaban quién se los disecara. El solo ancho de su testa tenía unos cuarenta centímetros; en todo caso, ostensiblemente más que los treinta de las reglas escolares corrientes.

El mismo general Mosquera contaba al jefe comisario de su Majestad Británica coronel J.P. Hamilton ⁵⁰ cómo en una ocasión habiendo tomado él y su séquito por una pequeña variante medio abandonada del Camino hubieron de matar veinte serpientes, tres corales, dos equis y tres cazadoras. Hamilton recoge el testimonio de Mosquera de que en esta zona los indios mataban panteras o jaguares y cazaban jabalíes mediante cerbatanas que emponzoñaban en el líquido acuoso que exudaba el lomo de un sapo verde. Las embestidas feroces de los fríos y fiebres, el paludismo o malaria, la fiebre amarilla. O el inofensivo pero molesto abrasivo urticante e inflamante del caspi-caracho. En Buenaventura el beriberi, que desapareció con el ferrocarril y en el litoral dejaron de comer arroz de muchos días llegado de China, y la peste bubónica transmitida por los barcos en que llegaron las ratas al Cauca. O

las artimañas de Tola, indio que durante un tiempo asaltó entre La Porquera y Caldas, y que actuaba en solitario. No faltaba el recuento, entreverado en una y otra narración, advertido en una u otra circunstancia, de la sucesión de fragancias intensas que impregnaban el Camino: el olor de tierra húmeda -tan diferente entre la vegetación al del polvo de calles y carreteras cuando comienza a llover-, la transpiración imprecisa y como enervante de la selva cálida, el efluvio refrescante de los helechos en tierra templada, el hedor a barro de los ríos desmadrados tras el torrencial, el aire inconfundible de los corrales, el aroma dulce de los arrayanes súbita y pasajera-mente en flor⁵¹, o el embriagante y pertinaz de los varejones; el perfume de los romerales asociado al canto de ensueño de centenares de mirlas, sus perennes compañeras, volviendo a Cali, y, más abajo, entre guácimos y chiminangos,

⁵⁰ J.P.Hamilton, *Viajes por el Interior de las Provincias de Colombia*, T II Banco de la República, Bogotá 1955.

⁵¹ Exactamente como acontece todavía hoy camino de las Tres Cruces, en inmediaciones de 'la pared'. Hacia marzo y abril, allí encontramos el alelí en flor.

el concierto de chicharras achicharrándose al canicular sol del verano, la misma orquesta⁵² que, en circunstancias similares, se escuchaba bajando de Papagayeros. Más tarde venía -no siempre cuando le tocaba, pero con frecuencia en la vida de cada uno- la sobre todo esto corona de inmarcesible pedrería, premio a tanto esfuerzo y fatiga de la jornada, benéfica admonición de que el ensueño más grande puede ser superado por una realidad mayor: la comunión de éxtasis sublime en que entraban indistintamente desde el más zafio y palurdo hasta el de condición más digna y delicada al momento en que en noche intensamente negra pero serena y despejada se desplegaba para todos y ante sus ojos en espectáculo magnífico⁵³ la inmensidad del cielo estrellado. Ya

podían irse durmiendo, transidos de inmensidad y pureza, de vigor y confianza, bajo el magnífico dombo sideral.

“Macho que respiraba salud, temerario y animoso, que había burlado con sus mulas primerizas o veteranas los precipicios de El Tambeño, tragón insaciable de mulas y cargamentos, el arriero gozaba de no poco atractivo entre las mujeres”. Y que cuando sobrevivía a tanto peligro y trato rudo, moría rayano en la centuria.

Terminado un viaje, ida y regreso, las mulas, que las había de carga y de silla, entraban a descanso. Se las recalzaba o reherraba, y se las curaba de eventuales mataduras. Jáquimas, cabezales, cabestros, angarillas, enjalmas, cinchas, rejos, en fin los aperos y aun las petacas pasaban a re-

⁵² Sobre la variedad de acordes de la chicharra léase Mario Carvajal B. Romancero Colonial de Santiago de Cali 1936. En el piedemonte aún se escucha el Tintín. Alguna vez se caracterizó a Cali -oiga, mire, vea- por dos sonidos, la algarazara de los coclíes y el siseo y consiguiente estallido de los cohetes usados a manera informativa. Actualmente impacta el estruendo de ingente catarata que se oye del lado de la ciudad al caminar por la cornisa que hacia la cota 1.260 forma el camino por el que se sube a pie al Cerro de las Tres Cruces. Más de una ciudad producirá ese ruido, pero ¿también la posibilidad de tomar conciencia de él?

⁵³ Desterrado hoy día por la bombilla prácticamente de toda la geografía habitada.

visión. Rejos y petacas, de cuero crudo, se amansaban a punta de sebo y fuerte manoseo. Lazos, cabestros y cinchas se usaban también de cabuya o de crin de las mismas bestias⁵⁴. Acerca del entendimiento en estas faenas había anotado André ya en Buga: se ven mulas y jumentos transportando leña en unos cómodos bastos perfectamente equilibrados, cuyo uso no se ha generalizado aún entre las mulas de Colombia destinadas al transporte de la carga ordinaria ⁵⁵.

A punto nosotros de retomar camino, don Isaías Gamboa H., que lo recorre en sentido contrario, nos dice cómo ve él el tramo, de unos diez kilómetros, que acabamos de transitar ⁵⁶: Cruzando el puente de Juntas, donde truena el Dagua encajonado, se penetra en un estrecho corredor ascendente a medida que faldea la montaña, haciendo

cada vez más abruptos los precipicios. Abajo retumba el río socavando la base granítica del paredón, se encabrita y revienta en espumas. Culminada la subida, la galería que sirve de camino sigue horizontalmente, entrando y saliendo por los accidentes de la roca. Aquí forma senos oscuros, más allá puntas aéreas o avanza en rectos y largos trechos. Si se atreve a mirar al abismo, el viajero siente vértigo, instintivamente se arrima al murallón, negro y erizado, o si se fija en lo alto, piedras enormes están amenazándolo, a punto de caerle moles de granito suspendidas, árboles gigantes cuya torcida raigambre se agarra a filos y grietas que manan humedad. Parajes hay en que el camino semeja balcones volados, porque la base no es sólo vertical, sino saliente, de modo que alguien, al rodar caería directamente a la profundi-

⁵⁴ El lazo de crin se llamó Cerda, el de cuero crudo Rejo. Otro oficio que en estas latitudes se dio primero a la cerda y más tarde al lazo en general fue el de bloquear el paso de los reptiles, víboras y serpientes ante todo, rodeando con él, ininterrumpido y tendido en el suelo a alguna distancia, la tolda o carpa en que se dormía.

⁵⁵ Memorias N° 4 pág 7.

⁵⁶ Con anterioridad a 1872, como podrá colegirse más adelante.

dad, en cuyo fondo oscuro apenas se percibe, como lejano rumor, el bramido del río en su lecho oprimido por dos murallones paralelos, en un antro por donde no penetra el sol. De uno a otro voladero, los postes de la línea telegráfica simulan fantasmas que se asoman a la sima, y en los alambres se agolpan las golondrinas, como signos musicales de un pentagrama, inmóviles, enigmáticas. La cadena montañosa que se alza al otro lado del río, frente al camino, es más salvaje aún. Tan cerca están uno del otro, que parece van a entrechocarse. Sobre los peñascos salientes, donde nadie podrá posar jamás, se asoma el tigre, agita su cola como una serpiente...⁵⁷

El silencio en esas inmensas, sobrecogedoras soledades, interrumpido solamente por los bramidos del río, el cuerno del guión y los gritos o los silbidos de los arrieros, tiene un no se sabe qué de espantoso y de siniestro, de grandioso y de sublime que confunde la imaginación y

sume al espíritu en recogimiento religioso.

Al camino debemos la presencia en Cali de los Zawadzki. Contratado por el gobierno para venir a Colombia en 1841, Estanislao Zawadzki fue designado por Mosquera al Cauca, donde hizo trazados de camino Cali-Buenaventura por Anchicayá y Dagua; residió en Cali habiendo casado en Popayán con Martina Rebolledo. Igualmente para el Camino vino Alfredo Warnier, primer farmacéuta graduado que por acá tuvimos. Siendo superintendente del Camino, a Santiago Éder correspondió suprimir el ancestral peligro de navegar por los raudales de El Salto y El Saltico. Antes de ser sucedido por el español Mariano Moreno en la dirección de las obras del Camino, en las conferencias que dictaba en plena plaza pública, al ingeniero Williamson servía de intérprete Jorge Enrique Isaacs, padre del autor de María.

En 1864 encontramos en pleno Boquerón precisamente a Jorge Isaacs F. que, trabajando en el mantenimiento y con-

⁵⁷ En Tierra Nativa .

servación del Camino, comenzaba a escribir, “en inhóspito sitio” y próxima vecindad al cerro Chancos, su novela, la que habría de continuar en La Rita y concluir en El Peñón. Con don Tomás Cipriano de Mosquera, empeñado en que el Camino uniese Bogotá a Buenaventura, se efectúan mejoras en él y se construye el tramo Juntas-Córdoba. Entonces, con ingenieros en acción, pasó a llamarse Camino Nacional de Herradura del Pacífico, y a ‘ser inaugurado’ en su trayecto Córdoba-Cali⁵⁸ en 1872, bien que parece estuvo listo para 1866. De esa forma el segmento entre Puerta de Dagua y Juntas varió por un trecho suave hasta El Espinal, desde donde se recostó sobre las breñas de la misma margen izquierda y, para no desafiar el gran cañón, llamado Tambeño o Boquerón, penetrarlo agachado a baja altura. A su paso surgieron La

Cajita, El Naranjo (donde había la casita en que habría de morir y en cuyas inmediaciones fue sepultado el doctor Víctor Borrero Mercado, quien con don Ignacio Muñoz C. eran contratistas constructores del ferrocarril⁵⁹), Jiménez, Peña de la Iglesia haciendo en este lugar un desvío hacia el Camino de las Hojas y suprimiendo con esta travesía que, entendemos, se volvió luego ferrocarril, un mal trecho de la vieja ruta; La Guinea, Yerbabuena, Juntas. Entonces, algo más abajo de Juntas el Camino pasó el Dagua por puente de hierro a la margen derecha, a poco trecho del sitio que llamaban Gambas en que hoy está la estación Cisneros, en inmediaciones del punto El Credo. A su vera se alistaron de allí para abajo La Balsita, Sombrerillo, La Peñita, Arrayanes, San José, Coloradas, Bajo Blanco, El Caballo, Sucre y Buenavista, en donde se

⁵⁸ Tomamos esta precisión del Plano de Cali e Inmediaciones entre 1882 y 1884, elaborado en 1945 por Mario de Caicedo L. Respecto al empuje empresarial del momento véanse las mismas páginas mencionadas en la nota 8 de esta ‘crónica’.

⁵⁹ Que habían sido precedidos por otros cuatro, extranjeros todos ellos; y apenas íbamos por el kilómetro 35. Don Ignacio era un caucano muy rico que residió en Cali, carrera 6ª entre calles 11 y 12, donde el maestro Valencía visitaba su novia, hija de aquel, madre del presidente Guillermo León.

abandonó la orilla del río para tomar por el filo de la montaña y descender finalmente a la quebrada El Venado⁶⁰ por donde se pasaba al caserío de Córdoba y seguir desde allí en grandes canoas hasta el puerto de Buenaventura, que, como advertía en 1823 el francés Gaspard T. Mollien ⁶¹, “por la importancia y belleza de su situación debería ser una ciudad considerable; pero nada de eso...”

Historia del Camino (460, 379 años de datos, huellas, hechos, testimonios) es también su progresiva desaparición. El repliegue de los jaguares y los venados, de las guaguas y las serpientes, del guatín y la perdiz hacia zonas más agrestes y recónditas, quizá la muerte⁶². El progresivo

cese de la compenetración pausada e insistente del hombre con la naturaleza, en sus elaciones de espíritu bajo la suntuosa e inconmensurable bóveda del cielo, dentro del majestuoso e imponente silencio de los riscos, frente a la perspectiva abierta y dilatada -con vislumbres de infinito- del interminable tapiz verde del valle y la majestad serena de su río; gotas persistentes sobre la roca de la personalidad individual y colectiva.

Cronológicamente, su existencia le fue siendo recortada al camino por el ferrocarril en las etapas siguientes:

Kilómetro 0 frente a la estación⁶³, donde quedó tendido el primer riel el 18 de julio de 1878; km 3, en el Puente de El Piñal; km 20, en Córdoba, a

⁶⁰ Todo este nuevo trayecto, de estudiado perfil, habría de ser absorbido por la actual carretera. A lo largo del Camino que se recorrió navegando el Dagua desde Juntas se desgranaban los nombres de El Credo, Cartagena, Medialuna, Sombrerillo, El Infiernito, La Tarabita, Las Ánimas, La Cuelga, El Palo, La Víbora, El Salto, Perico, Catanga, Tortugas, Castillo, Cacagual, Recreativo, El Saltico, El Fleco, San Cipriano, El Arenal, Buenaventura.

⁶¹ “Por el Dagua hasta el Chocó”, en *Viajeros extranjeros en Colombia*, Carvajal, Cali 1970.

⁶² Nos han dicho que, ya entrado el siglo veinte, por los ríos que atravesaban el Camino aún podía verse uno que otro ejemplar de un gran depredador -gran depredado-, la nutria.

⁶³ La estación del tren quedaba contigua, hacia el continente y callejuela de por medio, al actual Hotel Estación.

donde el ferrocarril llegó el 20 de julio de 1882; km 36, en San José, en septiembre de 1893; km 55, en Cisneros, el 7 de agosto de 1908; km 68, en El Espinal, el 20 de mayo de 1909; km 86, en Caldas, el 20 de julio de 1909⁶⁴.

Organizado por el gobierno nacional, este Camino Nacional de Ruedas, se echó, pues, en parte, sobre el viejo de herradura, que pasó a manos suyas. E indefectible y definitivamente, los caminos de ruedas fueron confinando a la arriería en otras regiones, en otros pueblos.

Resumiendo tenemos:

1-Al llegar el visitador Vaca de Castro se hizo el trayecto Buenaventura-Cali en 30 días. Hombres y animales caían muertos en la trocha: diecisiete españoles y unos veinte caballos; que constatará Oviedo. O "La Vía más abrupta e in-

franqueable que existía en todo el territorio de Indias", que advirtiera Cieza de León.

2-"¿Fueron hombres o gigantes los que abrieron tal camino? La historia de esos trabajadores es una épica leyenda de tragedias y escenas inauditas. Una lucha con la naturaleza, de la voluntad contra el obstáculo" que observara Isaías Gamboa H., quien tres veces viajó por tan escabrosa senda, según Ezequiel Gamboa Y. -"El relato de la[s] importacion[es] por el cañón del Dagua... de maquinaria... a lomos de buey y de mula, constituye una epopeya de audacia varonil" que juzgara Alfonso Bonilla A.

3- "Por fin recorría un camino digno de tal nombre, desde que llegué a Colombia" que habría de exclamar el naturalista francés Ed. André al caer en él viniendo de Buga, San

⁶⁴ Los demás hitos del ferrocarril fueron: kilómetro 97+0,600, en El Palmer, el 13 de febrero de 1911; km 109, en Lomitas, el 25 de julio de 1912; km 129, en La Cumbre, el 16 de junio de 1913; km 133+0,500, en Cresta de Gallo, el 14 de junio de 1914; km 158, en Yumbo, el 19 de septiembre de 1914; km 161, en Puerto Isaacs (antes Punteyumbo), el 17 de octubre de 1914; km 174, en Cali, el 1 de enero de 1915. Según Marulanda (nota 10), los túneles son trece: en los kilómetros 36, 55, 64, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 137, 139, 151, 152. El más largo, el último.

Marcos, Alto de Bitaco, después de recorrer norte y oriente del país.

-O el lapidario, actual "Cali-Buenaventura: dos horas. En ocasiones derrumbes y muertos por accidentes de tránsito".

Bibliografía

Obras y autores:

—Arboleda, Gustavo Diccionario Biográfico y Genealógico del Antiguo Departamento del Cauca, Imprenta Arboleda, Cali 1926

—Marulanda, Leonidas Diccionario Histórico y Geográfico, Cali poco después de 1932/3

—Carvajal Borrero, Mario Romancero Colonial de Santiago de Cali, Carvajal & Cia. 1936

—Paredes Cruz, Joaquín Monografía de Buenaventura, Imprenta Márquez, Cali 1940.

—Franciso Javier Cisneros Coopnalgráficas, Bogotá 1948

—Hamilton, J.F. Viajes por el Interior de las Provincias de Colombia, Bco. de la Rep. 1955, Tomo II

—Arboleda, Gustavo Historia de Cali, capítulos I a XXX, Univalle 1959.

—Rivera y Garrido, Luciano Impresiones y Recuerdos, Cali 1968

—Varios, Viajeros extranjeros en Colombia, Carvajal, Cali 1970

—Tafur Victoria, Luis Historia de la Capilla de San Antonio y el Corrillo El Gato Negro, Cali 1971

—Sarasti Aparicio, Alejandro Reminiscencias de Cali Viejo y otras, Imprenta Departamental, Cali 1983

—G. Mahecha y R. Echeverri, Árboles del Valle del Cauca, Arco Bogotá 1983

—Valencia Llano, Alonso Empresarios y políticos en el Estado Soberano del Cauca 1860-1895, Univalle 1993

—Uribe Uribe, Julián Memorias, Bco. de la Rep., Bogotá 1994

Boletines y revistas:

—López, Eduardo Almanaque de los Hechos Colombianos, Cali 1929

—Boletín Histórico del Valle, Entrega 3ª, Cali 1932

—García Piedrahita, Evaristo Un Informe del doctor Evaristo García, en Boletín de la Academia de Historia del Valle, año 15, Imprenta Boli-variana, Cali 1948

— Rómoli, Kathleen Bole-
tín de Historia y Antigüeda-
des,

— Calero Tejada, Álvaro
Despertar Vallecaucano , Cali
1994

—Memorias N° 4, Revista
del Centro de Estudios Histó-
ricos y Sociales “Santiago de
Cali”, Cali 1996

Archivos:

Actas del Cabildo de San-
tiago Cali 1563 - circa 1860

Mapas:

—Agustín Codazzi, Mapa
del Cauca i Buenaventura ,
1855

—Mario de Caicedo Loza-
no, Cali Viejo, entre 1882 y
1884, Cali 1945

—Oficina de Longitudes,
Carta Geográfica del Depar-
tamento del Valle del Cauca ,
Berna ²1946

—Instituto Geográfico
Agustín Codazzi - Carta Ge-
neral - Valle del Cauca , plan-

chas, de 1984 a 1992, a escala
1:25.000

Mapa

Constitutivo de este trabajo
es el mapa que elaboré para él.
Reducido fotomecánicamente
en un 84,45%, el mapa fue le-
vantado sobre las planchas a
escala 1 : 25.000 del A. Coda-
zzi de 1984-1992. Las seguí
aun cuando no hasta creer que
el Digua se llame Dagua, Am-
bichinte, Anenchinte, Lomalta,
La Malta, el Aguacatal también
Cali; ni para no pensar que la
quebrada que denominan El
Veneno, sea El Venado. Tam-
poco he remontado a los naci-
mientos de ríos o quebradas.
Hasta Dagua prácticamente
todos los nombres que tienen
que ver con el Camino son
nuestros. Del Boquerón en ade-
lante el trazado de ferrocarril
y carretera está un poco esque-
matizado y más separado del
río de lo que efectivamente co-
rresponde a escala.

Recibido: 7 de Junio de 2005

Aprobado: 5 de Septiembre de 2005

RESEÑAS



Alfonso Múnera: *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el Siglo XIX colombiano*, Bogotá, editorial Planeta, 2005, pp. 225.

Alonso Valencia Llano ¹

El libro que voy a presentar es otro de los ejercicios académicos polémicos que caracterizan la obra de Alfonso Múnera. Y lo es porque tiene un punto de partida que se convierte en una verdadera provocación para los que estudiamos la difícil conformación histórica de la nación colombiana: inicia su estudio con el planteamiento de ser Colombia un país en crisis; crisis de un presente que evidencia que sus dirigentes fueron incapaces de solucionar los problemas que arrastraron del pasado y que se manifestó y manifiesta en múltiples expresiones de violencia. Polémico, además, porque señala una falen-

cia historiográfica: muchos historiadores nos refugiamos en la historia económica y social y dejamos de lado el estudio de la historia política colombiana, marchando en contra-vía de lo que sucede en países como México y Perú donde la historia política muestra avances importantes, al encontrar nuevos actores, nuevos problemas y nuevas miradas, que se convierten en verdaderos apoyos teóricos y metodológicos para quienes pretendemos encontrar en el pasado explicaciones para nuestro conflictivo presente.

Todo esto le permite al autor materializar una hipótesis de búsqueda que parece cons-

¹ Profesor titular Universidad del Valle

tituir la espina dorsal de la presente propuesta historiográfica:

La nación no fue más el resultado “natural” del proyecto de unas élites criollas nacionales; por el contrario, los conflictos raciales y étnicos, las viejas tensiones regionales y las visiones de género ocuparon en el discurso histórico el lugar de predominio que habían tenido en la historia real de la construcción de las naciones latinoamericanas.²

Esta observación le permite sustentar una crítica interesante acerca de la forma en que los pocos historiadores que abordaron la historia política se refirieron a los “hechos fundacionales de la nación”: ellos –David Bushnell, Anthony McFarlane, Marco Palacios, Frank Saford, principalmente autores de grandes síntesis- ignoraron a los sectores populares y destacaron,

ante todo y prácticamente en forma única, a las élites coloniales y republicanas ilustradas como protagonistas de una historia que tuvo como resultado la creación de la nación. El autor destaca, desde luego, a otra generación de estudiosos nacionales y extranjeros que vincularon en sus proyectos historiográficos y sociológicos a los sectores populares como subalternos de las élites con las que participaron en los proyectos de creación de la nación, sin olvidar sus conflictos internos, sus peculiaridades regionales, su conformación étnica, etc.; se trata de Cristina Rojas, Mary Roldán, Nancy Appelbaum, Claudia Steiner, Brooke Larson, o James Sanders quienes materializaron la participación histórica de los subalternos mediante el estudio de en una trilogía que los caracteriza: los aspectos de raza, región y nación. De estos autores rescata Múnera estos tres elementos, que son los que le dan unidad problemática al presente libro, y que son en-

² Alfonso Múnera: *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el Siglo XIX colombiano*, Bogotá, editorial Planeta, 2005, p. 15.